

TIERRA SANGRIENTA

BERNARD CORNWELL

TIERRA SANGRIENTA

LAS CRÓNICAS DE STARBUCK IV

Traducción de Tomás Fernández Aúz



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Bloody Ground. The Starbuck Chronicles (volume IV)*

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados

© Ilustración de la cubierta: From the original painting by Mort Künstler,
The Charge at Trevilian Station ©1996 Mort Künstler, Inc.
www.mkunstler.com

Primera edición: noviembre de 2021

© Bernard Cornwell, 1996
© de la traducción: Tomás Fernández Auz, 2021
© Edhasa, 2021
Diputación 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6383-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 17110-2021

Impreso en España

*Dedico Tierra sangrienta
a Zachary Arnold:
no quiera la vida
darle a conocer los horrores de la guerra.*

PRIMERA PARTE

UNO

Diluviaba. No había parado en todo el día. Al principio no era más que un chaparrón tibio agitado por ráfagas intermitentes de viento sur, pero a última hora de la tarde el soplo de mediodía roló a levante y el aguacero mostró peores intenciones. Empezaron a caer chuzos de punta, y de pronto se abatió sobre la comarca una tromba de agua tan intensa como para reflotar el arca. Golpeó sin piedad las endebles tiendas de los dos ejércitos; inundó los inacabados terraplenes que los yanquis habían comenzado a excavar en Centreville, y barrió la delgada capa de tierra que cubría los túmulos funerarios situados tras los montes de Bull Run, con lo que una legión de cadáveres blancos como la nieve, que apenas llevaban uno o dos días sepultados, afloró como una procesión de almas en pena en el Día del Juicio. El suelo de Virginia es rojo, de modo que los derramados torrentes que formaban el creciente abanico de corrimientos de lodo que se precipitaba hacia la bahía de Chesapeake adquirieron esa misma tonalidad, y acabó teniéndose la impresión de que las rompientes mismas de la ensenada se hallaban teñidas de sangre. Corría el primero de septiembre de 1862. El sol no iba a desaparecer tras el horizonte de Washington hasta las seis y treinta y cuatro minutos, pero las camisetas incandescentes de las farolas de gas encargadas de iluminar la Casa Blanca se encendieron a las tres y media. Una capa de barro de treinta centímetros cubrió la avenida de Pensilvania, y las alcantarillas de Swampoodle, reventadas, vomitaron su contenido. En el Capitolio, la borrasca atravesó las vigas y los andamiajes de la cúpula a medio terminar, dejando empapados a los heridos que acababan de traerse del

frente tras la derrota de Manassas, que se vieron de ese modo calamitosamente tendidos en el suelo de mármol de la gran rotonda central del edificio.

Treinta y tantos kilómetros al oeste de Washington, otra partida de fugitivos del vencido ejército de John Pope había emprendido una ardua marcha con la vista puesta en alcanzar la relativa seguridad de la capital. Los rebeldes sureños habían intentado cortarles el paso, pero la descarga del nublado había convertido el choque en un tremendo barullo. Las unidades de infantería se habían apiñado bajo los árboles en busca de refugio, pero éstos, empapados, apenas los habían protegido; los artilleros maldecían el turbión que había mojado la pólvora de sus municiones; las tropas de caballería intentaban calmar a sus monturas, aterrorizadas por el estruendo de los fucilazos que rasgaban los pesados nubarrones. Vertiendo la mezcla detonante en el fusil, el comandante Nathaniel Starbuck, jefe de la Legión Adam Faulconer, integrada en la brigada del coronel Swynyard del Cuerpo de Thomas Jackson del ejército de Virginia septentrional, trataba de mantener seco al menos un cartucho. Se esforzaba en cubrirlo con el sombrero, pero también éste estaba hecho una sopa y, pese a que unos cuantos movimientos bruscos de muñeca le permitieron arrancar el fulminante de la lámina encerada que lo contenía, lo que salió parecía sospechosamente apelmazado. Apretujó la pólvora con un taco de papel arrugado, escupió la bala en la boca del rifle y después cogió la baqueta y lo empujó todo con fuerza para compactar la carga. Amartilló el arma, pescó una espoleta de percusión de la cajita que llevaba suspendida al cinto, la encajó en el cebo del fusil y encaró la culata para apuntar a través de la cortina de plata que caía del cielo. Su regimiento se encontraba en la linde de una arboleda chorreante, mirando al norte y al otro lado de un maizal fustigado por la lluvia, ya que los yanquis habían hallado cobijo en esa dirección, junto a otro bosquecillo. El punto de mira de Starbuck no encuadró a nadie, pero aun así apretó el gatillo. El percutor golpeó el calzo de disparo, y en la chimenea del arma se produjo una explosión sorda acompañada de unos hilillos de

humo, pero la pólvora de la cámara se negó tercamente a cumplir con un fogonazo su cometido. Starbuck soltó un juramento. Volvió a echar para atrás el martillo, extrajo del cebo la tapa de percusión hecha pedazos y la sustituyó por una nueva. Presionó el disparador por segunda vez, pero el rifle siguió mudo.

—¡Para esto mejor valdría emprenderla a pedradas con esa maldita pandilla de cabrones! —aulló para el cuello de su guerrera.

En el lejano grupo de árboles crepitó un fusil, pero el proyectil que inquietó las hojas que se asomaban a pocos centímetros de la coronilla de Starbuck se ahogó, dejando tras de sí una imperceptible línea azul bajo la lluvia torrencial. Starbuck se agachó con el fusil inútil en las manos, preguntándose qué demonios podía hacer ahora.

El movimiento que supuestamente debía efectuar en esa situación consistía en cruzar a toda velocidad el maizal para obligar a los yanquis a salir de la espesura del fondo. Sin embargo, en ese punto el enemigo contaba al menos con un regimiento y un par de cañones de campaña, y desde luego los acoquinados tercios de Starbuck ya sabían la sangre que podía derramar esa artillería pesada. En el primer envite, cuando la Legión Faulconer había atravesado la enmarañada selva de tallos de maíz hinchados por el agua, Starbuck había tomado el rugido de esas piezas por simples truenos. Después había visto que las compañías que había destacado por el flanco izquierdo quedaban destrozadas y dispersas, y que los artilleros yanquis enclavaban a mano los cañones para asaltar por el costado al resto de la media brigada. Había ordenado a sus hombres abrir fuego a fin de acallar los morteros, pero sólo un puñado de fusileros conservaban la pólvora lo suficientemente seca como para disparar, así que no había tenido más remedio que gritar a los supervivientes que retrocedieran antes de que la artillería adversaria volviera a armar las cureñas... Al poco tiempo escuchaba los aullidos de burla de tropas del norte, ebrias de placer por la mofa a los vencidos. Pero de eso hacía ya veinte minutos, y todavía continuaba tratando de encontrar el modo de cruzar o rodear los campos de maíz. No resultaba nada fácil, ya que el terreno que

se extendía a su izquierda era un espacio descubierto batido por la artillería del oponente, y los bosques de la derecha se hallaban repletos de más contingentes yanquis.

Estaba claro que a la Legión le traía sin cuidado que los unionistas mantuvieran sus posiciones o se largaran con la música a otra parte, puesto que para entonces su enemigo era ya el diluvio que los mantenía paralizados, no el ejército del norte. Al progresar hacia el extremo izquierdo de sus líneas, Starbuck se percató de que los soldados ponían gran cuidado en esquivar su mirada. Parecían pedir al cielo que no ordenara un nuevo asalto, ya que ninguno de ellos quería salirse de los árboles para regresar al lodazal de los maíces. Todo lo que deseaban era que escampase y hubiera ocasión de encender hogueras para descabezar un buen sueño, aunque fuera breve. Por encima de todo necesitaban descansar. En el transcurso del último mes habían marchado a lo largo y ancho de los condados del norte de Virginia; habían plantado cara al enemigo y lo habían derrotado; más tarde habían vuelto a caminar y a combatir..., y ahora estaban exhaustos y hartos de lo uno y de lo otro. Sus uniformes se habían convertido en puros andrajos, tenían las botas reventadas, el rancho estaba agusanado y mohoso, la fatiga les calaba hasta los huesos. Si por ellos fuera, los yanquis podían quedarse con los inundados bosques del otro lado del maizal. Lo único que ansiaban era tenderse y reposar. Algunos se habían quedado profundamente dormidos, a pesar de los chaparrones. Yacían inertes, indistinguibles de los cadáveres que se amontonaban en el límite del bosque, con la boca abierta como una sonda con la que recoger el agua, y las barbas y los bigotes lacios por el peso de la lluvia. Otros hombres, éstos sí inertes para siempre, parecían dormitar sobre un colchón de mazorcas ensangrentadas.

—Creía que estábamos ganando esta maldita guerra —exclamó malhumorado el capitán Ethan Davies a modo de saludo.

—Si no deja de jarrear —contestó el interpelado Starbuck—, habrá que aguardar a que llegue la puta marina y nos robe la victoria. ¿Consigues ver los cañones?

–Claro, ahí siguen –replicó Davies, sacudiendo bruscamente la cabeza para indicar la oscura masa de árboles.

–Hijos de la gran puta –vociferó Starbuck. Estaba irritado consigo mismo por no haber avistado la artillería antes de ordenar el primer ataque. Los yanquis habían disimulado los dos cañones tras un parapeto de fortuna hecho con un montón de ramas, pero eso no le impedía continuar maldiciéndose por no haber sospechado que podían estar tendiéndoles una trampa. El pequeño triunfo unionista lo volvía bilioso, y la incertidumbre agravaba todavía más su cólera, ya que el hecho de que nadie más pareciera interesado en combatir le indicaba que la embestida quizás hubiera sido innecesaria. Del plumizo y oscuro magma de agua y bruma partía de cuando en cuando el estampido de un cañón, subrayado cada poco tiempo por el siniestro parloteo de los mosquetes, que por un momento se imponían al incesante ruido blanco del aguacero. Sin embargo, toda aquella banda sonora traía al paio a Starbuck, puesto que no había recibido nuevas instrucciones del coronel Swynyard desde que éste le mandara salvar con la mayor urgencia el obstáculo del campo de maíz. No obstante, aún le animaba la esperanza de que la batalla hubiera quedado literalmente empantanada. Quizás es que a nadie le importaba ya una mierda. En cualquier caso, el enemigo había empezado a replegarse a Washington, así que ¿por qué no dejarle seguir simplemente su camino?-. ¿Cómo sabes que los artilleros no se han largado? –preguntó a Davies.

–Así nos lo hacen saber de rato en rato –replicó lacónicamente el capitán.

–Ahora parecen callados... Tal vez se hayan marchado –dijo el comandante.

Pero de pronto, como si lo hubiera oído, uno de los cañones de campaña de los yanquis le tumbó la premisa sin darle apenas tiempo a terminar el vaticinio. El enemigo había cargado el arma con un bote de metralla: un cilindro de hojalata en el que se embutían a presión balas de mosquete y que estallaba en mil pedazos al salir por la boca de la pieza, dispersando así los proyectiles como en una gigantesca descarga de postas.

Starbuck oyó claramente el silbido de las balas que rasgaron el aire para estrellarse en los árboles que lo guarecían. El ángulo de tiro había sido ligeramente más alto de lo preciso, y el plomo no había causado un solo herido, pero el impacto de la ola de metal arrojó una cascada de agua y hojarasca sobre los desdichados infantes de la compañía de Starbuck. Éste, encogido al máximo detrás de Davies, se estremeció bajo la inesperada ducha fría.

—¡Malditos bastardos! —bramó una vez más. Pero el chasquido de un trueno partió las nubes y rodó con un gruñido ciclópeo, fulminando el inútil denuesto antes de perderse en un silencio tenso—. Hace algún tiempo creía que los cañones imitaban el fragor de las tronadas —escupió agriamente—. Ahora pienso lo contrario, que el estallido que sigue al fucilazo copia el rugir del bronce. —Meditó un instante sus palabras—. ¿Alguna vez has oído cañoneos en época de paz?

—En la vida —aseguró tajante Davies, con los quevedos cuajados de lluvia—. Salvo quizá el 4 de Julio.

—El 4 de Julio y el día de la Evacuación —concretó Starbuck.

—¿El día de la Evacuación? —se asombró Davies, que jamás oído hablar de aquello.

—El 17 de marzo —comenzó a explicar Starbuck— es la fecha en que largamos de Boston a los ingleses. Es una jornada en la que se disparan salvas de cañón y fuegos artificiales en el Garden. —Nathaniel Starbuck había nacido en esa ciudad; un nordista en las filas del sur rebelde, decidido a combatir a los suyos. No luchaba movido por ninguna convicción política, sino más bien porque las peripecias de la juventud le habían pillado en los estados sudistas al estallar la guerra, y ahora, transcurrido ya un año y medio desde el inicio de las hostilidades, se veía ascendido al grado de comandante del ejército confederado. Tenía apenas unos años más que la mayor parte de los chiquillos que mandaba, y de hecho era más joven que muchos de ellos, pero dieciocho meses de batallas habían tallado una grave mueca de madurez en su enjuto y atezado rostro. Si la vida hubiera seguido su curso normal, se decía a veces asombrado, todavía debería

estar cursando sus estudios eclesiásticos en la Facultad de Teología de Yale, pero, en vez de eso, ahí estaba, agazapado en una zanja, con el uniforme empapado, frente a un maizal barrido por la tempestad y sumido en cábalas destinadas a liquidar a un puñado de yanquis idénticamente calados hasta los huesos por la nada edificante razón de que éstos habían matado a su vez a algunos de sus hombres—. ¿Cuántas cargas secas puedes juntar? —preguntó a Davies.

—Una docena —respondió éste, dubitativo—. Con suerte...

—Prepáralas y aguárdame aquí. Cuando recibas mi orden quiero que les revientes la cabeza a esos malditos artilleros. Voy a buscarte un poco de ayuda. —Dio unas palmaditas en la espalda a su segundo y regresó corriendo a la seguridad de los árboles. Después continuó avanzando a trompicones hacia poniente hasta alcanzar a la Compañía A y al capitán Truslow, un tipo chaparro, regordete e infatigable al que Starbuck había ascendido de forma meteórica apenas unas semanas antes, ya que le había hecho pasar directamente de sargento a primer oficial—. ¿Le queda algún cartucho en buen estado? —inquirió Starbuck al saltar al hoyo en el que se resguardaba el flamante capitán.

—Montones —fue la respuesta. Truslow escupió un largo salivazo de jugo de tabaco en un charco—. Hemos estado reservando las municiones para cuando las necesitara, comandante.

—Un hombre de recursos, ¿eh? —comentó Starbuck, complacido.

—Sensato al menos —soltó severamente Truslow.

—Quiero que descerrajen una andanada en toda regla sobre los cañoneros. Davies y usted tienen que acabar con ellos; yo haré que el resto de la Legión atraviese el campo.

Truslow asintió con un rápido gesto de cabeza. Era un individuo taciturno que había enviudado hacía poco, y tan correoso como la granja que había dejado sobre una colina para luchar contra los invasores nordistas.

—Espere a mi señal —añadió Starbuck antes de volver sobre sus pasos y ganar de nuevo su anterior posición en los árboles, que, sin embargo, alcanzaban malamente a guarecerlo del dilu-

vio, dado que el espeso ramaje del bosque, con su frondosa vitalidad, llevaba tiempo destilando agua a borbotones bajo aquel aguacero interminable.

Parecía imposible que las láminas de agua llevaran tanto rato abatiéndose con aquella violencia sobre la comarca, pero no daba la impresión de que la torrencial turbonada que tamborileaba con implacable y demoníaca rabia en la arboleda tuviera intención de remitir. El resplandor de un rayo parpadeó unos instantes al sur del horizonte, seguido del titánico crujir del trueno, y su ronca detonación rodó con tal estrépito sobre sus cabezas que Starbuck no pudo reprimir un gesto de temor instintivo al escucharlo. Una dolorosa dentellada le azotó la cara y le hizo tambalearse, estupefacto, hasta hacerle caer de rodillas y llevarse con sonoro palmetazo la mano enfangada a la mejilla izquierda. Al mirarse los dedos vio correr la sangre. Durante un breve instante se limitó a observar, desamparado y atónito, la roja mancha que el agua barría y arrastraba lentamente al suelo. Después, al intentar ponerse en pie, comprendió que le habían abandonado las fuerzas. Temblaba como una hoja de pies a cabeza y sintió náuseas, pero de inmediato le asaltó el temor de que se le vaciaran las entrañas. De su garganta salía una especie de maullido lastimero, como un gatito herido. En algún rincón de su cerebro sabía que no corría verdadero peligro, que se trataba de un rasguño, y que seguía viendo y respirando, pero las convulsiones se habían apoderado de él. Con gran esfuerzo consiguió dominar no obstante aquel ridículo gemido gatuno y tomar una profunda bocanada de aire y agua. Volvió a inspirar a fondo, se limpió de nuevo la sangre de la cara, y se incorporó haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad. Cayó en la cuenta de que el estampido no había sido un alarido de la tormenta, sino la deflagración de un bote de metralla del segundo cañón yanqui, y que una de las balas de mosquete embutidas en la lata había arrancado a un árbol las astillas que acababan de rasgarle el rostro hasta el hueso. De haber recibido el impacto una pulgada más arriba habría perdido un ojo. Pero había tenido suerte, ya que la lesión era limpia y sin complicaciones, aunque se-

guía provocándole temor y temblor. Solo entre los árboles, se apoyó un momento en el tronco desgarrado y cerró los ojos. «Hazme salir de aquí con vida», rezó para sus adentros, «y jamás volveré a pecar».

Se sintió avergonzado. Había reaccionado ante aquel arañazo como un hombre herido de muerte, y al iniciar la marcha hacia el este para reincorporarse a las compañías de su flanco derecho todavía lo atenazaban los espasmos de aquel miedo que amenazaba con soltarle el intestino. No sólo se trataba de las unidades menos leales, lastradas por el rencor de saberse sometidas al mando de un yanqui renegado, eran también las que tenía que arengar hasta hacerlas abandonar sus miserables cobijos y salir a campo abierto, directas al maizal. Si se mostraban remisas a atacar no se debía únicamente a cuestiones de lealtad, sino a la natural propensión visceral de los hombres, que, empapados, exhaustos y abatidos, preferían permanecer amilanados e inmóviles en sus madrigueras a convertirse en blanco de los fútiles enemigos.

–¡Bayonetas! –aulló Starbuck al pasar tras las filas de tropa–. ¡Calen bayonetas!

Era un grito de advertencia que indicaba a los soldados que iban a tener que avanzar de nuevo. No le extrañó percibir un sordo gruñido de protesta en el gáznate de algunos compañeros, pero hizo caso omiso de su callado desafío, ya que no sabía si se encontraba en condiciones de plantarles cara. Tenía miedo de que se le quebrara la voz como la de un adolescente si se giraba para imponerse a ellos. «¡Por el amor de Dios, qué demonios me está ocurriendo!», se preguntó. ¿Un simple rasponazo lo reducía a un trémulo manojito de nervios? Se dijo a sí mismo que no era más que un efecto de la tromba de agua y que su empapado cuerpo había transformado la extenuación en puro aplanamiento. También él ansiaba una pausa, igual que sus hombres, y no menos de lo que anhelaba disponer de un mínimo plazo para reorganizar la Legión y dispersar a los agitadores en diferentes compañías, pero era perfectamente consciente de que la campaña que se estaba llevando a cabo

en la Virginia septentrional había negado al ejército del general Lee el lujo del tiempo.

La operación se había iniciado en respuesta al poderoso empuje que había colocado a las fuerzas nordistas de John Pope a unas cien millas de Richmond, la capital de la Confederación. Esa progresión había sido contenida, y más tarde aplastada en una segunda batalla dirimida a orillas del río Bull Run, y ahora el contingente de Robert E. Lee se aplicaba a la labor de rechazar al resto de las huestes yanquis hasta conseguir que se replegaran al Potomac. Si la suerte los acompañaba, pensó Starbuck, los yanquis retrocederían hasta cruzar la raya de Maryland y el ejército confederado dispondría de los días que tan desesperadamente precisaba para recobrar el aliento y proveer de botas y abrigo a los hombres, que ahora mismo parecían más una chusma de vagabundos e indigentes que un ejército. Aun así, aquellos bohemios errantes habían hecho todo cuanto su país había exigido. Habían embotado el filo del frente yanqui y desbaratado el último intento nordista de tomar Richmond, y ahora estaban procediendo a la expulsión total del grueso del ejército unionista del territorio de la Confederación.

Starbuck encontró al teniente Waggoner al final del flanco derecho del frente. Peter Waggoner era un buen hombre, un soldado cumplidor y devoto que esgrimía el rifle en una mano y la Biblia en la otra; y si alguno de los reclutas de su unidad daba signos de acobardamiento, ya podía tener la más completa seguridad de que se abatiría sobre él la diáfana andanada de una de esas dos formidables armas. El teniente Coffman, apenas un muchacho, se hallaba acurrucado junto a Waggoner, y Starbuck le mandó llamar a los capitanes de las demás compañías del ala derecha. Waggoner miró con expresión seria al comandante.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Un rasguño, no es más que un rasguño —aseguró Starbuck sacando la lengua para lamerse la comisura de los labios. El salado sabor de la sangre le llenó la boca.

—Está usted espantosamente pálido —lo avisó Waggoner.

–Esta lluvia es la primera ducha decente que tomo en dos semanas –confesó Starbuck. Había dejado de temblar, pero al dirigir una ancha sonrisa a Waggoner no pudo evitar la sensación de estar representando una comedia. Se esforzaba en fingir que no sentía ningún miedo y que todo iba bien, pero su mente se agitaba con el asustadizo nerviosismo de un potro sin desbravar. Se alejó del teniente y echó un vistazo a la arboleda de levante, buscando con la mirada los restos de la brigada de Swynyard–. ¿Hay alguien ahí? –preguntó a Waggoner.

–Los hombres de Haxall. Pero llevan tiempo sin hacer nada.

–Tratando de mantenerse a cubierto, ¿eh?

–Jamás había visto una tromba semejante –gruñó Waggoner–. Nunca llueve cuando más se necesita. Llega la primavera ¿y qué pasa?: ni gota. Jarrea siempre cuando faltan pocos días para la cosecha o en cuanto se pone uno a segar la hierba... –Lo interrumpió el chasquido de un rifle que disparaba desde el bosquecillo de los yanquis. Con un sonido blando, la bala fue a incrustarse en el arce que Waggoner tenía detrás. El hombretón lanzó una ceñuda mirada de odio a los nordistas, como si el balazo hubiera sido una especie de falta de cortesía–. ¿Tiene idea de dónde estamos? –preguntó a Starbuck.

–En algún punto próximo al Flatlick* –observó éste–, aunque no sé dónde demonios nos sitúa eso. –De lo único que estaba seguro era de que las aguas del Flatlick corrían por alguna región de la Virginia Septentrional. Las tropas confederadas habían expulsado de las trincheras de Centreville al enemigo y su objetivo consistía ahora en controlar un vado por el que los yanquis estaban emprendiendo la retirada, pero lo malo era que no había visto ningún riachuelo en toda la jornada, y menos aún un camino. El coronel Swynyard le había indicado que la torrentera recibía el nombre de rama del Flatlick, aunque su superior

* Un riachuelo que desemboca en el Cub Run. En la jerga de los estados del sur, «run» es sinónimo de «arroyo» (de ahí también el nombre de batalla de Bull Run). El Cub Run, que nace en el pueblo del mismo nombre, en Kentucky, es a su vez un afluente del Green River. (*N. del T.*)

tampoco se lo había podido confirmar a ciencia cierta—. ¿Alguna vez has oído hablar de ese Flatlick? —quiso saber Starbuck.

—En mi vida había escuchado ese nombre —respondió Waggoner. Al igual que otros muchos soldados de la Legión, éste provenía de las regiones centrales de Virginia y no tenía información alguna sobre las tierras próximas a Washington.

Starbuck tardó media hora en organizar el ataque. Los planes y la notificación de las órdenes deberían de haberle llevado únicamente unos minutos, pero el inacabable chubasco lo ralentizaba todo. De hecho, no hubo forma de evitar que el capitán Moxey declarara que el asalto constituía una pura pérdida de tiempo, ya que estaba condenado al fracaso, tal y como había sucedido en la primera intentona.

Moxey era un joven oficial amargado al que había ofendido sobremanera el ascenso de Starbuck. Nadie lo apreciaba demasiado en la Legión, pero esa lluviosa tarde se había limitado a expresar en voz alta un pensamiento que compartían la mayoría de los hombres. No querían entrar en combate. Estaban calados hasta la médula, helados de frío y exhaustos. Hasta el propio Starbuck había estado a punto de ceder a la tentación del aletargamiento. Sin embargo, pese al espanto que pugnaba por apoderarse de él, había caído claramente en la cuenta de que si un hombre se arruga una sola vez por efecto del terror queda condenado a plegarse infinitamente a esa tiranía hasta quedar despojado por completo de su coraje. Si algo había aprendido era que la vida del soldado no guardaba relación con las comodidades ni con la paz de espíritu, y que el ejercicio del mando como superior de un regimiento no consistía precisamente en conceder a las tropas lo que desearan, sino en obligarlas a realizar acciones que jamás hubiesen juzgado factibles. Pelear tenía que ver con una sola cosa: la victoria. Y nadie triunfa si se acurruca en la linde de un bosque para escapar a las dentelladas de una lluvia tenaz.

—Vamos a intervenir —contestó con voz neutra a Moxey—. Ésas son nuestras órdenes, y ya puede apostar su alma a que nos toca salir a la carga.

El capitán se encogió de hombros, como queriendo dar a entender que Starbuck estaba chiflado.

Más tiempo llevó todavía conseguir que las cuatro compañías del flanco derecho se aprestaran a entrar en acción. Calaron las bayonetas y después marcharon hasta el límite del maizal, donde la superficie de un inmenso charco –casi un estanque– se agitaba con el flujo de agua que regurgitaban los surcos del cultivo. Los cañones yanquis habían estado disparando de cuando en cuando durante los largos momentos que había necesitado Starbuck para preparar a la Legión, y cada andanada había descargado una abrasadora nube de metralla sobre los árboles que defendían los sudistas, intentando quitarles de ese modo toda veleidad hostil. El fuego de la artillería pesada dejaba un punzante olor de pólvora en el aire, invariablemente acompañado de humaredas sulfurosas, y después la lluvia desplazaba lentamente los retazos de esa niebla lúgubre. Estaba oscureciendo a gran velocidad, y los densos nubarrones grises saturados de agua contribuían a acentuar todavía más la antinatural penumbra que se apoderaba rápidamente del paisaje. Starbuck se situó frente al ala izquierda de los atacantes, en el extremo más próximo a los cañones yanquis. Sacó la bayoneta y la acopló a la boca del fusil. No llevaba espada y tampoco galones que indicaran su rango. Su revólver era el único elemento que podía traicionar su condición de oficial confederado a los ojos de los nordistas, así que se colocó la cartuchera a la espalda para que el adversario no pudiera verla. Se aseguró de que el cubo de la bayoneta estaba firmemente anclado al extremo del rifle y después hizo bocina con las manos.

–¡Davies! ¡Truslow! –vociferó mientras se preguntaba si el mismo Esténtor lograría perforar con su potente grito aquellas sólidas sábanas de agua agitadas por violentas ráfagas de viento.

–¡A sus órdenes! –respondió Truslow.

Starbuck tuvo un instante de vacilación. Tan pronto como hubiera aullado la siguiente consigna, él mismo tendría que lanzarse a la refriega. Le sacudió de pronto la tortura de un nuevo seísmo corporal. El temor minaba su determinación, pero se obligó a inspirar profundamente y consiguió lanzar la señal.

–¡Fuego!

La descarga de la fusilería se escuchó débilmente, como el ligero crepitar del labrador metido a cercenar los tallos del maíz, pero el comandante, asombrado de sí mismo, se encontró de pronto en pie y avanzando a toda mecha en dirección al sembrado.

–¡Adelante! ¡Vamos...! –bramó a los hombres que tenía más cerca, mientras se zambullía a codazos entre las cañas que se le oponían con rígida y enmarañada terquedad–. ¡Vamos...! –repitió.

Sabía que tenía que liderar la operación, pero su única esperanza se cifraba en confiar que la Legión lo siguiera. Oyó muy próximo el estrépito de un grupo de hombres que peleaba a brazo partido con la espesura del plantío y la voz de Peter Waggoner que rugía palabras de aliento a la tropa por el flanco derecho. Sin embargo, también se oían claramente los gritos de los sargentos que abroncaban a los rezagados exigiéndoles que se levantaran y se lanzaran al ataque. Toda aquella barahúnda le indicaba que todavía quedaban soldados acobardados en el refugio de los árboles. Sin embargo, no se atrevía a dar media vuelta para comprobar cuántos lo secundaban, ya que no quería que los valientes que lo apoyaban pensaran que renunciaba a la embestida. La línea de progresión aparecía desmadejada y rota, pero al menos se había puesto en marcha, así que Starbuck forzó la máquina y corrió ciegamente, con la cabeza baja, pensando a cada instante que una bala iba a detenerle en seco. Uno de sus hombres profirió débilmente el grito de guerra de los rebeldes, pero nadie se unió a su llamamiento. El agotamiento y el agua se sobrepusieron a su voluntad, impidiendo que de sus gargantas brotara el estridente y retador chillido de combate.

El proyectil de un rifle destelló un segundo entre las curvadas espigas del panizo, arrancando un reguero de agua a las mazorcas, que, vencidas por la lluvia, se estremecieron al sentir el latigazo. Los cañones permanecían en silencio y una helada corriente de pánico se apoderó de pronto de Starbuck, convencido de que se estaban girando las cureñas para después acomete-

ter de frente a su columna. Volvió a gritar, instando a sus hombres a continuar, pero el asalto avanzaba a paso de tortuga porque el maizal estaba terriblemente embarrado y los correosos tallos se enredaban en brazos y piernas, impidiendo que los soldados cogieran velocidad. Al margen de aquel balazo aislado, los yanquis seguían mudos, y Starbuck comprendió que debían de estar conteniéndose, con el gatillo listo, en tanto la masa de atacantes grises no rasgara la cortina de cañizo. Y entonces sí, los abatirían prácticamente a quemarropa. Algo en su interior le gritaba que echara cuerpo a tierra y eludiera la anunciada descarga. Todo él quería tirarse entre los tallos húmedos, abrazar la tierra y esperar a que el apocalipsis se consumara sin él. El terror embriaba cualquier orden que pretendiera aullar, le nublabo el pensamiento y le mantenía petrificado, incapaz de hacer nada salvo lanzarse a ojos cerrados hacia los negros árboles que resaltaban entre el azulón del agua a treinta pasos de distancia. Parecía simplemente estúpido morir para proteger el ridículo vado de un arroyo como el Flatlick, pero la imbecilidad del empeño no alcanzaba a explicar el pavor que se le desbocaba en las venas. Era algo más hondo, una sombra que se esforzaba en no admitir porque sospechaba que se trataba de pura y simple cobardía... Sin embargo, la idea de que los adversarios que se la tenían jurada en la Legión reirían hasta desternillarse si se percataban de su congoja lo impulsó hacia delante.

Resbaló en un charco, se contorsionó en el aire en un desesperado intento de recuperar el equilibrio y continuó la arremetida. A su derecha, Waggoner seguía vomitando rugidos desafiantes, pero el resto de la unidad se limitaba a caminar pesadamente entre los empapados surcos del maizal. Starbuck tenía el uniforme tan mojado como si acabara de cruzar un río ahogado. Tuvo la absurda sensación de que jamás volvería a estar seco ni a sentir calor. Las pesadas ropas, ahítas de líquido, hacían que cada paso supusiera un gran esfuerzo. Trató de expulsar del pecho su grito de batalla, pero todo lo que consiguió fue una especie de sollozo ahogado. De no haber estado lloviendo con tanta furia se habría podido pensar que se había deshecho

en llanto. Los yanquis seguían amordazando las armas, pero ahora el bosque en que se agazapaba el enemigo se encontraba cerca, muy cerca... El terror de los últimos metros le confirió una suerte de energía maníaca, y gracias a ella no sólo alcanzó a salvar los tallos finales del maizal, que se aferraban a él como garras precavidas, sino que logró cruzar un inmenso charco y meterse de cabeza en la arboleda.

Una vez tomado el objetivo, la sorpresa fue descubrir que el enemigo había levantado el campo.

—¡Santo Cielo! —exclamó Starbuck, sin saber a ciencia cierta si estaba blasfemando o elevando una plegaria—. ¡Santo Cielo! —repitió con los redondos ojos fijos de puro alivio en el soto vacío. Se detuvo, jadeante, mientras barría con la vista los alrededores. No había duda: la espesura estaba realmente desierta. Los adversarios se habían esfumado, sin dejar tras de sí más rastro que el de unos cuantos empapados de papel para cartuchos y dos pares de roderas profundas como cárcavas que delataban a las claras el punto por el que habían sacado de los árboles sus dos formidables cañones.

Starbuck lanzó un llamamiento para reagrupar a las compañías que seguían braceando entre las mazorcas y comenzó a avanzar con cautela entre los troncos hasta llegar al extremo opuesto, desde el que pudo divisar un ancho pastizal sujeto al azote de la tormenta. Un torrente desbordado atravesaba la vasta pradera. No se veían nordistas por ninguna parte, sólo un caserón semioculto por la espesura y aupado a un repecho distante. La quebrada horqueta de un rayo chasqueó en el cielo y resaltó la silueta de la casa, pero un instante después un turbión de agua difuminó el perfil del edificio tras un mar de bruma. Starbuck quiso ver una mansión en la vivienda, una suerte de sarcástico recordatorio de la confortable existencia que el país podía ofrecer a un hombre, de no haberse empeñado la guerra en desgarrarlo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Moxey.

—Sus hombres pueden montar la guardia —replicó Starbuck—. ¿Coffman? —llamó el comandante—. Vaya en busca del

coronel y dígale que estamos al otro lado del campo de maíz. –Había sonado la hora de enterrar a los muertos y vendar a los heridos.

El intermitente estruendo de la batalla cesó por completo, entregando la tierra al bramido de la lluvia y el trueno y el ulular de los gélidos vientos del este. Cayó la noche. En la profunda negrura de los bosques parpadeó el débil resplandor de unas hogueras escuálidas, pero la mayoría de los hombres eran incapaces de encender un fuego bajo aquel diluvio, así que tuvieron que contentarse con permanecer tendidos, tiritando, y preguntándose sencillamente qué habían logrado con tantas penalidades, por qué se les exigía semejante prueba, dónde se ocultaba el enemigo, y si el siguiente día les traería calor, comida y reposo.

El coronel Swynyard, enflaquecido, marchito y con barba de oso, se reunió con Starbuck bien entrada la noche.

–¿No ha tenido problemas para cruzar el maizal, Nate? –se informó el militar.

–No, señor, ninguno. Pan comido.

–Así me gusta. –El coronel alargó los brazos para calentarse un poco en la fogata de Starbuck–. En unos minutos me dispondré a rezar mis oraciones. Supongo que no le apetece venir...

–En efecto, señor; prefiero quedarme –respondió el comandante, reiterando una vez más la fórmula que venía esgrimiendo noche tras noche cuando el coronel le animaba a unirse a sus plegarias.

–En tal caso, una de mis súplicas será para usted, Nate –le contestó el mando, tal y como también él había venido haciendo todo ese tiempo–. No le quepa duda.

Starbuck sólo quería descabezar un sueño. Únicamente eso. Dormir, dormir y nada más. Pese a todo, una rogativa siempre podría venir bien. Alguna ayuda tendría que tener, pensó, porque desde luego le embargaba el miedo de estar convirtiéndose en un cobarde. «¡Y hasta qué punto, Dios!», se confesó a sí mismo.

Se quitó las ropas encharcadas. No podía seguir soportando su irritante roce. Las colgó de una rama para recibir directa-

mente en la piel la tibia caricia que aún pudieran procurarle los restos del fuego de campamento, y después, envolviéndose en el húmedo y pegajoso abrazo de la manta de campaña, cayó rendido a pesar de la lluvia. Sin embargo, el reposo reveló ser una retorcida y mala imitación de un auténtico descanso, ya que se hundió en una agitada duermevela en la que las imágenes de la mente adormecida se mezclaban, entre oleadas de lluvia, truenos y árboles chorreantes, con la espectral figura de su padre, el reverendo Elial Starbuck, que hacía rechifla de la timidez del hijo. «Siempre supe que ibas a echarte a perder, Nathaniel», le espetaba su padre en sueños, «perdido y podrido hasta la médula, como un madero muerto. No tienes principios, muchacho, ése es el problema». Acto seguido, el fantasma paterno salía dando cabriolas, ileso, de un cerrado tiroteo, dejando a Starbuck como un durmiente persuadido de aferrarse a un terreno resbaladizo. Sally también intervenía en el sueño, aunque su presencia no le aportaba ningún consuelo, ya que no lo reconocía y pasaba simplemente a su lado antes de perderse como un autómatas en la nada... En ese momento, una sacudida en el hombro lo sacó de sus febriles espejismos.

Al principio creyó que el zarandeo formaba parte de su propia quimera onírica. Después, al asaltarle el temor de que los nordistas estuvieran lanzando un ataque, apartó de un tirón la manta mojada y echó mano del fusil.

—Todo va bien, comandante... No son los yanquis, sólo soy yo. Hay un tipo que lo busca. —Le había despertado Lucifer—. Un individuo pregunta por usted —repitió—, y es un hombre verdaderamente elegante.

Lucifer era un muchacho negro que se había prestado a servir a Starbuck. Un esclavo fugado con un alto concepto de sí mismo y una pícaras tendencia al humor sardónico. Nunca se había dignado a revelar su verdadero nombre, empeñándose, al contrario, en que todo el mundo lo llamara Lucifer.

—¿Quiere que le traiga café? —preguntó.

—¿Tenemos de eso?

—No, pero puedo agenciarme un poco.

–Vale, pues vete a afanarlo por ahí –contestó Starbuck, incorporándose. Tenía todo el cuerpo dolorido. Cogió el rifle y recordó que seguía cargado con una mezcla inútil de pólvora mojada. Se palpó la ropa y comprobó que seguía más que húmeda. La fogata había expirado hacía mucho–. ¿Qué hora es? –exclamó dirigiéndose a Lucifer, pero el muchacho ya se había marchado.

–Poco más de las cinco y media –oyó decir a una voz extraña.

El comandante emergió de entre los árboles, totalmente desnudo, y vio una silueta a caballo, envuelta en un amplio manto. Con un suave chasquido, el desconocido cerró la tapa de su reloj de bolsillo y echó hacia atrás el capote para introducir el artilugio en un saquillo especialmente labrado al efecto en su guerrera reglamentaria. Starbuck entrevió un exquisito abrigo decorado con trencillas que jamás había visto el negro color de la pólvora ni catado la sangre. En ese momento, el sobretodo de forro escarlata recuperó la posición inicial.

–Me llamo Maitland –dijo a modo de presentación el hombre de la montura–. Teniente coronel Ned Maitland –precisó. Parpadeó un par de veces con fingido pasmo al observar la desnudez de Starbuck, pero ahorró todo comentario–. He venido desde Richmond para transmitirle nuevas órdenes –añadió.

–¿Nuevas órdenes para mí? –inquirió Starbuck tontamente. Seguía medio adormilado y se esforzaba en averiguar cómo es que a alguien de Richmond podía habersele ocurrido enviarle instrucciones especiales. No necesitaba ninguna encomienda. Lo único que le pedía el cuerpo era descansar...

–¿Es usted el comandante Starbuck, no es cierto? –se cercioró Maitland.

–En efecto.

–Me alegro de verlo, oficial –comenzó a decir Maitland, inclinándose en la silla para estrechar la mano al subalterno. Starbuck pensó que el gesto resultaba inapropiado y se mostró interiormente remiso a chocar los cinco con el distinguido jefe. Sin embargo, estaba claro que parecería grosero rehusar esa cordial formalidad, así que se acercó al caballo y dio un apretón de manos al coronel. Éste retiró después el brazo, casi de inmedia-

to, como si temiera haberse manchado en ese contacto íntimo con el soldado, y volvió a enfundarse el guante. Maitland trató de ocultar su respingo a los ojos de Starbuck, ya que, a su juicio, éste parecía hallarse en un estado de desidia atroz. Las costillas se le marcaban en el cuerpo, blanco como la cal, mientras que la cara y las manos destacaban poderosamente, quemadas por el sol. Un grueso costurón de sangre coagulada le cruzaba la mejilla, y los largos cabellos negros pendían, lacios, a los lados del rostro. Maitland era persona que se enorgullecía de su aspecto y cuidaba hasta el último extremo de su elegante porte. Había alcanzado muy joven el grado de teniente coronel, ya que no debía de superar la treintena, y presumía de su espesa barba de color castaño y sus mostachos, cuyas puntas rizaba meticulosamente antes de ungirlos con lociones perfumadas.

—¿El chico que me ha atendido antes era el mozo que se ocupa del rancho? —quiso saber el atildado caballero, indicando con un movimiento de cabeza el punto por el que se había eclipsado Lucifer.

—Sí, en efecto —confirmó distraídamente Starbuck mientras recogía el uniforme húmedo y se disponía a vestirse.

—¿No le han dicho que los negros no deben portar armas? —señaló Maitland.

—Tampoco se espera que se líen a tiros con los yanquis, pero éste ha matado a un par de ellos en Bull Run —respondió Starbuck con brusquedad. Bastante había tenido que porfiar ya con Lucifer por el Colt que el jovencito insistía en llevar como para derrochar ahora la poca energía que le quedaba en repetir la pugna con un coronel envarado y engraido recién llegado de Richmond—. ¿Cuáles son esas órdenes? —preguntó a bocajarro.

El teniente coronel no contestó. Tenía la mirada fija en la descolorida claridad del alba que despuntaba cerca de la casa solariega del otro lado del torrente.

—Chantilly —dijo tristemente—. Creo que es Chantilly.

—¿Cómo? —quiso saber Starbuck mientras se encasquetaba la camisa y hacía torpes malabarismos con el resto de los botones de hueso del uniforme.